

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Salida del laberinto

Los resultados electorales no han creado una situación política sin salida. Se estaba en ella antes de celebrar las elecciones. Y se pensó ilusamente que la solución a la crisis de un Gobierno condenado por la opinión pública en razón de su criminalidad, estaba en las urnas. Directores de prensa y un reducido número de periodistas captaron la singularidad del problema y lo intentaron resolver, o esperaban que se resolviese, por medios acordes a la naturaleza del mismo: dimisión voluntaria; moción de censura de todos los parlamentarios, incluso los socialistas no afectados, contra el Gobierno de la corrupción; procesamiento judicial del presidente del Gobierno; y, dada la ausencia de instituciones democráticas para deponer a un Gobierno tan depravado, grandes manifestaciones y huelgas ciudadanas para expulsar de la sociedad política a la barbarie de este equipo gubernamental. Sólo cuando comprobaron que por muchos y por muy graves que fueran los escándalos denunciados, no provocarían esas reacciones previsibles en todo país civilizado, se resignaron a dejar la decisión del adelanto electoral a Pujol, pensando que el PP de Aznar era el instrumento más rutinario y menos dramático para desalojar del Estado a lo que se llama felipismo.

★

Este cálculo de la facilidad, sin átomo de razonamiento político, ha demostrado el espejismo que padecieron los que confunden la hegemonía de las ideas en la opinión pública con la de las fuerzas políticas en la relación electoral. Las denostadas encuestas han reflejado, sin embargo, la verdad de la hegemonía de la idea anticorrupción en la opinión pública. Y las urnas han dictaminado la ausencia de hegemonía en la relación de fuerzas que establece el sistema proporcional de listas de partido. La identificación o rechazo de los electores, frente a la imagen de derechas o de izquierdas de cada partido, es un sentimiento tan primitivo que ninguna evidencia moral o intelectual, contraria a la preferencia individual, puede modificar el sentido del voto de una colectividad. Hitler habría recibido el mismo número de votos antes y después de los hornos crematorios. El ardid psicológico de los incapaces de matar ellos mismos a los judíos es muy eficaz: no admitir la evidencia de los hornos crematorios. Por lo dicho en otras encuestas, la mitad de los votantes del PSOE no admite las evidencias de la corrupción y los crímenes del Gobierno. La otra mitad prefiere un Gobierno corrupto de los suyos a un Gobierno de los otros que, según quiere creer, haría lo mismo.

★

Sin reforma de la ley electoral, para que la sociedad política represente a la sociedad civil y la opinión pública coincida con la voluntad electoral, el laberinto moral de la corrupción, con hegemonía política del nacionalismo catalán en toda España, sólo tiene salida por la vía de la catarsis griega. Mientras tanto veremos como el PP se dispone a dar a Pujol lo mismo o más que le dió Felipe, y a pasar la página de la corrupción y del crimen de Estado en lo que de él dependa. Desde que ganó las elecciones, la imagen de Aznar se deteriora cada día como la de un infante encogido ante el espléndido sentido del Estado de sus padrinos Felipe-Pujol-Fraga, que le hacen padecer humillaciones sin cuento para asegurarse de su dócil complicidad antes de conducirlo con la lección bien aprendida al sillón presidencial. No se había visto algo tan penoso como su impúdica y pordiosera visita a La Moncloa. Si Aznar olvida que ha ganado las elecciones porque el régimen no ofrecía otra vía más expeditiva para expulsar del Estado a la banda que lo gobierna, pese a los millones de votos que la sostienen en su bandadaje, la salida del laberinto de la corrupción con peaje a Pujol ya no estará en la reforma de la ley electoral, sino en la quiebra necesaria de un régimen imposible. Pero cuando la visión del mundo está circunscrita a la de la clase dirigente, estas salidas no se ven antes de que se abran.

TRIBUNA LIBRE

Gente desnuda y sin mando

[JOAQUÍN NAVARRO ESTEVAN]

La interpretación y valoración de los resultados electorales ha alcanzado cotas metafísicas. El pueblo español es tan sabio, sensato, equilibrado y perspicaz que todo lo ha previsto y, por supuesto, ha acertado. Como atravesados por el éxtasis místico, muchos comentaristas aseguran que el pueblo nunca se equivoca y ha ponderado todas y cada una de las consecuencias de su elección: que gane el PP, pero obligándolo a la negociación y al pacto para formar Gobierno; que no pierda por mucho el PSOE, para que protagonice una oposición fuerte y rigurosa; que IU avance muy poco para no premiar su «fundamentalismo», castigar su sueño de las dos orillas y obligarla a la cohabitación con el felipismo en la «casa común» de la izquierda; que los nacionalismos catalán, vasco, canario y gallego obliguen, con su fuerza en las urnas y en el Congreso, a una más completa y cumplida integración territorial del Estado de las autonomías. Todo ha salido según la previsora y provisorio voluntad del pueblo soberano que, sobre cualquier otro principio o regla, ha impuesto el pacto. Por el pacto hacia la felicidad. Por el pacto hacia la democracia. Por el pacto hacia Dios.

Igual que todo cambia menos la ley del cambio (Heraclito «dixit») todo puede y debe ser pactado, menos la ley del pacto.

Nadie debe poner límites morales, políticos, sociales o económicos a la transacción y al compromiso. Cualquier pretensión en tal sentido es poner palos en las ruedas de la negociación y del pacto. Nadie debe invocar la necesidad de una profunda reforma intelectual y moral para hacer posible nuestra regeneración política.

Muchos
comentaristas
del 3-M aseguran
que el pueblo
nunca se
equivoca

Nadie debe exigir una decidida lucha contra la corrupción, contra el crimen de Estado y contra la cleptocracia porque ello podría perturbar las conveniencias del pacto e incluso impedirlo. Si la voluntad soberana del pueblo ha dispuesto las cosas de tal manera que CiU sea el supremo árbitro de la política española y CiU es renuente (por mor de su historia y de su actualidad) a la investigación y castigo de crímenes, corrupciones y demás desventuras

(porque ello es de pésimo gusto e impropio de una sociedad democráticamente madura), hay que prescindir de la catarsis y de cualquier anclaje en el pasado. Hay que «pasar página» y caminar, juntos y revueltos, del brazo del pacto nuestro de cada día, hacia un futuro cada vez más promisorio. Al fin y a la postre, la inteligencia, la voluntad y la sabiduría del pueblo español han puesto el destino colectivo inmediato de los españoles en manos de Pujol. Exhibir la bicha de la corrupción es, en definitiva, una actitud antidemocrática.

El reciente pacto de los vocales procedentes del PP, CiU y PNV en el Consejo del Poder Judicial con motivo del escándalo Estevill puede ser una anticipación del futuro que nos aguarda. Todo el Consejo sabía que la permanencia de Luis Pascual Estevill en su cargo —y en la propia judicatura— es un baldón de ignominia; que su indignidad era manifiesta; que estaba utilizando su puesto en el Consejo como blindaje frente a la Justicia y que incluso había intentado comprar el voto de otro vocal. Pero su cese no interesaba «políticamente» al bloque conservador e interesaba palmariamente al otro bloque. Aquel actuó como ha venido actuando la coalición fática PSOE-CiU: el socorro mutuo para el poder de ambos y el encubrimiento de la corrupción de todos. ¿Es éste el pacto que quiere el pueblo?

Además, el nuevo Gobierno que se forme tiene ya una pro-

REVISTA DE PRENSA

GERMAN YANKE

El «doberman» cambia de rostro

por Isabel San Sebastián, enfatiza la «cultura autonomista del Partido Popular» y no ve en ninguno de sus interlocutores la pretensión de conseguir «posiciones ventajistas». La información política de *El País* anuncia, por su parte, que «el Partido Popular hará concesiones a las autonomías para forzar el pacto con CiU». Duran Lleida, entrevistado por Julia Navarro en *El Correo Español* no tiene inconveniente en ver en el Partido Popular «buenas intenciones». Sin embargo, el editorialista de *El País*, después de decir que «lo deseable» es un

acuerdo estable por el que José María Aznar supere la investidura y de añadir que «lo deseable no siempre está al alcance de la mano», reprocha a los populares lo poco que han avanzado en 15 días y a José María Aznar que no se haya ocupado de crear un ambiente de confianza personal con quienes debe pactar.

Jordi Pujol, en segundo término, pediría al PP «una política de gestos para justificar ante el electorado su apoyo», y, por otro lado, intentaría no ser el único valedor de José María Aznar. Rodrigo Rato, en la

entrevista de *ABC*, afirma no haber visto discrepancias entre Molins y Duran Lleida y éste, en *El Correo Español*, responde que no hay aún ni boda ni noviazgo aunque CiU tiene «predisposición al diálogo». En *La Vanguardia*, el portavoz adjunto de CiU en el parlamento catalán, Jordi Casas, insiste en una idea de Duran: «Sólo podemos hacer dos cosas: recrearnos en la discrepancia, que motivos sobrados tenemos, o intentar hacer una cosa muy difícil que es reconducir a la derecha española hacia la realidad plurinacional y que el Partido Popular acepte el hecho diferencial catalán». Un camino pragmático que trataría, de acuerdo con el editorial de *El Correo Español*, vencer «la reticencia de gran parte de las bases» de CiU. En este sentido, el intento de correspon-